Teología y Catequesis 15-16 (1985) 387-399

LOS JOVENES Y LA IGLESIA

JOSE DELICADO
Arzobispo de Valladolid.

Coincidí en el tren con un muchacho. Entablamos conversación. Para él, la Iglesia está atrasada, la Biblia también. «¿En qué?». «En todo», me responde. Después concreta: «El Papa está contra los anticonceptivos». Y añade: «El hombre, como animal, es más racional cuanto más se deja llevar del instinto». Hablamos. No es que estuviera predispuesto en contra, ni siquiera que fuera agresivo. Es que era así, y representaba quizá a muchos. Me habló de su situación presente con toda sinceridad, de su formación en un colegio de la Iglesia, de sus ilusiones: tenía empleo y pensaba casarse pronto. En el colegio hubo un padre que no le convenció; los demás parece que sí, pero no iba a misa. «Es un rollo; cada uno predica según sus gustos». El prefería hacer actos humanitarios. «¿Qué es más, esta conversación que venimos teniendo o cien misas?», me dice. «Hombre —le respondo—, ¿qué es más importante para la salud: los pulmones, el estómago o los riñones? Hoy ha muerto V. Aleixandre por fallarle los riñones». «¡Claro!, Ud. me pone cosas que todas son necsarias». «Tú también; pero no hay oposición entre ellas. Por ejemplo, entre un acto humanitario y la misa; es más, la misa es para que tengamos fuerzas y nos portemos siempre bien». «Yo ahora no comprendo eso de la misa; me siento más inclinado a lo otro». Me tengo que apear en Valladolid. «Lástima —me dice—, ahora que empezábamos la conversación...». Yo también lo sentí.

Esta conversación, bastante larga, relacionándola con otras, me enseñó varias cosas: que hay muchos jóvenes como éste que están «alejados» sin nada de hiel, pero con una gran «empanada» mental; que viven sus experiencias humanas con subjetiva y relativamente «buena» conciencia; que están dispuestos a hablar con sinceridad, largo y tendido, y cuando empalman con alguien, no pasa el tiempo para ellos; que tienen muchas informaciones acerca de casi todo, pero muy pocos criterios para discernir lo verdaderamente cristiano, como aquel ministro de Candaces sentado en su carroza: «¿Entiendes lo que estás leyendo?» —le preguntó Felipe—. «Contestó:

¿Y cómo voy a entenderlo, si nadie me guía» (Hech 8, 30-31). ¡Muchos Felipes se necesitan para tántos jóvenes que marchan desasistidos por los caminos del mundo!

En las reuniones insisten: ¿Se puede creer en Cristo sin creer en la Iglesia? ¡Es que la jerarquía...! Lo que ha dicho tal cardenal. Operan en ellos los clisés de otros tiempos, los de la acera de enfrente o el sincero deseo de homologar a la Iglesia con el ideal de agrupaciones o reuniones que ellos tienen o sueñan tener en otros planos; las riquezas de la Iglesia, la Historia en esto o en aquéllo, los actos de culto inaguantables, en los que se aburren lastimosamente, la autoridad o burocracia de la Iglesia, que les deja poca participación, etc. A Cristo sí lo entienden, aunque, claro está, a su manera.

Muchos de ellos parecen decir: «Cristo sí, Iglesia no». Y estas actitudes no dejan de ser una seria interpelación para la misma Iglesia. Entre otras cosas, porque muestran la necesidad que tienen de conocer a Cristo en su integridad: No se puede estar con Cristo y amarle sin comprenderle en su Iglesia; hay que buscar a Cristo y encontrarle en su Iglesia. Esto plantea un primer problema: el de la imagen de Cristo y los verdaderos valores evangélicos. Pero después, cuando dicen «Iglesia no», hay que ver la parte de razón que pueden tener en ese rechazo y el deseo de auténtica renovación eclesial que implica. ¿No hemos quedado en que la Iglesia en su conjunto también se tiene que convertir incesantemente?

I.—LA OBSERVACION DIRECTA Y LOS ESTUDIOS SOCIOLOGICOS

Estas referencias que acabo de hacer brotan de la experiencia pastoral normal, de las intuiciones que saltan en los contactos frecuentes con los jóvenes, bien sea individualmente o en grupos, aunque, claro está, no me estoy refiriendo a los más formados y fervorosos.

Cuando, en diálogo abierto con estos últimos, en movimientos, centros parroquiales o escolares, me preguntan qué pienso sobre la situación de la juventud, les suelo decir que mi impresión, a ojo de buen cubero, es que acaso se podría dividir en tres sectores: uno, constituido por un grupo de jóvenes con grandes ideales, generosos y comprometidos, con deseos de verdadera formación cristiana, como ellos, por ejemplo; otro, más minoritario, que es el que se sitúa en el extremo del pasotismo sin esperanza, de las dependencias que les restan libertad y, algunos, hasta de la delincuencia; para ser una cosa u otra, porque quizá no tuviera otra oportunidad...
y en medio, una franja ancha, de gente buena, que va tirando simplemente del carro de la vida, sin demasiados ideales y potencialmente dispuestos

Los estudios sociológicos, desde el punto de vista de la religiosidad, ofrecen otras clasificaciones. Por ejemplo, de la Quinta Encuesta de la Juventud de 1982 parece deducirse que hay tres grupos: el de los católicos practicantes (34 por ciento), el de los católicos no practicantes (45 por ciento), aunque no se define qué contenidos y alcance tiene la autodenominación de católicos practicantes o no, y el de los indiferentes y no creyentes, el doble los primeros que los segundos (el 17 por ciento). Este tercer grupo ha disminuido, según parece, en estos cinco últimos años; pero el segundo, el de los que se consideran «católicos no practicantes», ha crecido de una manera muy significativa. En esa zona se sitúa una de las grandes preguntas que nos hemos de hacer. ¿Por qué ese alejamiento? Bien es verdad que con distinta inflexión ese interrogante ha de hacerse para los dos últimos grupos, y quizá puedan encontrarse razones distintas, porque se trata de posiciones no homogéneas, ya que los primeros tienen conciencia de ser católicos, aunque no practiquen, es decir, son creyentes, y los últimos se consideran indiferentes (el 11,7 por ciento en 1982; en 1977 era el 21 por ciento) o ateos (el 5,2 por ciento en 1982; en 1977 era el 8 por ciento).

Estos estudios insinúan también una posible matización en las «subculturas» de la juventud, por razón de la fe y la práctica religiosa. Antes había jóvenes, pero la cultura juvenil, formando una amalgama de valores ostensibles socialmente, es de tiempos relativamente recientes; fue creciendo a partir de la segunda guerra mundial. En ese «corpus» de valores y formas de vida que caracterizan a los jóvenes casi como un grupo social específico, se pueden distinguir «subculturas». Y la Encuesta de la Juventud de 1982, al atender dos de estas formas sectoriales, «la católica» y la «laica», parece ofrecen datos para pensar que la primera es algo más feliz en su situación, está más integrada familiarmente, acepta más espontáneamentt las normas morales básicas y se sitúa a más distancia de los comportamientos antisociales; tiene una mayor capacidad de convivencia con los demás y de confianza interpersonal, etc. Lo cual quiere decir, en el fondo, que cuando se vive de una manera coherente la fe cristiana no genera una experiencia negativa que pueda determinar un abandono «razonable» de la práctica católica; si éste se da (y es claro que ha crecido: desde 1960, según las encuestas, se ha multiplicado por seis), parece que hay que atribuirlo a otras causas, teniendo que admitir que el punto de partida de ese alejamiento no ha sido la experiencia de una práctica muy profunda o madura. Probablemente el distanciamiento ha empezado a darse a gran escala antes de que calase esa experiencia práctica. Sin embargo, es un proceso de automarginación de la institución eclesial más que del sentimiento religioso y de Cristo mismo y aún de su misma conciencia eclesial, ya que, aunque no practicantes, se consideran católicos la mayor parte de los jóvenes (el 47 por ciento).

II.—NUEVA SITUACION CULTURAL Y SU INFLUENCIA EN LA JUVENTUD

Nos encontramos metidos en una corriente cultural impulsada por el proceso de secularización. Los cánones de la racionalidad y tecnificación crecientes de la vida, las condiciones de la industrialización y del urbanismo, la atmósfera del pluralismo en ideologías y valores, las relaciones que establecen las libertades democráticas, la influencia de los medios de comunicación social, la permisividad moral, etc., configuran de una manera nueva la convivencia y producen un impacto más fuerte en los jóvenes que en la edad madura. Nuevas pautas de comportamiento social arrastran poco a poco las costumbres personales e, incluidos todos los otros factores, pueden inducir nuevas pautas de comportamiento interior y hasta de creencias en quienes no tengan criterios sólidamente establecidos.

Según las fuerzas que operan en estas corrientes, pueden producir unos efectos colectivos u otros en la juventud. Tensiones o conflictos generacionales siempre se han dado. El joven ha anhelado ser adulto o, mejor dicho, tener los derechos del adulto cuanto antes: ser como las personas mayores; heredar pronto al padre. En mayo del 68 se produjo un fenómeno extraño protagonizado por la juventud: su significado era distinto al de otros tiempos, que obedecía a las prisas por llegar. La lectura de estos acontecimientos parecía más bien sugerir una crisis con carga de profundidad: no se deseaba la herencia del padre. Era una especie de repulsa global de un mundo mal hecho, una reacción que más bien parecía negativa: dejar bien claro lo que no le gustaba. ¿Después? Importaba menos el después. Que se entendiese que por ahí no. Con esta reacción quedaba muy mal parada la imagen paterno-social que encarnaban casi todas las instituciones sociales y culturales vigentes. El gesto era exagerado en su globalidad y pareció disolverse en la esterilidad. Quizá haya dejado un recuerdo subconsciente: las instituciones son fuertes y se defienden; no se puede prescindir de ellas tan fácilmente. Acaso hay que admitirlas, pero no se las ama. ¿Constituyen un mal menor? Son como «El castillo» de Kafka. Aunque es difícilmente accesible, habrá que aceptarlo, ir a él, tratar de instalarse. Algunos optan por la automarginación, como evasión desesperanzada (ese sector al que aludíamos). Juan Pablo II, en el Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz de 1985, les dice a los jóvenes:

> «Algunos de vosotros podéis sentiros tentados a huir de vuestra responsabilidad; en los ilusorios mundos del alcohol y de la droga, en efímeras relaciones sexuales sin compromiso matrimonial o familiar, en la indiferencia, el cinismo y hasta la violencia. Estad alerta contra el fraude de un mundo que quiere explotar o dirigir mal vuestra energía y ansiosa búsqueda de felicidad y orientación».

El sentido positivo es la esperanza, la autoeducación, el trabajo y la colaboración en la Iglesia y en la sociedad. Hacer esto desde la fe es la forma cristiana de salir al encuentro del propio futuro y de hacer que la Iglesia se renueve y el mundo sea mejor. Es una actitud responsable entre el talante conformista y pasivo y el iconoclasta y destructor. La misión de Cristo es una elección personal, una llamada que él hace porque confía en el joven para una empresa muy importante: hacer que el mundo y la Iglesia se rejuvenezcan. La absolutización de la propia capacidad es la actitud prometéica que desemboca en el «drama babélico», que nos recuerda el Papa; el desaliento desemboca en la pereza estéril y conformista. Ni Prometeo ni Sísifo: Cristo. «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». Y este todo puede ser verdaderamente ambicioso: magnanimidad y humildad se armonizan perfectamente, incluso se reclaman. Ha sido Erich Fromm el que ha escrito:

> «La facultad de pensar objetivamente es la razón; la actitud emocional que corresponde a la razón es la humildad. Ser objetivo, utilizar la razón, sólo es posible si se ha alcanzado una actitud de humildad, si se ha emergido de los sueños de omnisciencia y omnipotencia de la infancia. Ello significa, puesto que el amor depende de la ausencia relativa de narcisismo, que se requiere el desarrollo de humildad, objetividad y razón».

III.—LA AUTOEDUCACION NO EXCLUYE EL ACOMPAÑAMIENTO

Antes la juventud abarcaba un período temporal más bien corto y homogéneo; cuando se casaban, a los veintitantos años, y aún después del servicio militar, ya casi eran adultos. Pero en nuestro tiempo —quizá no llegue a un par de décadas—, por los modernos medios de comunicación social y «la escuela paralela» en general, las nuevas generaciones son muy precoces en informaciones y experiencias; hasta fisiológicamente se han adelantado a las precedentes. Ciertos factores han hecho que entren anticipadamente en el mundo de los adultos; pero, a pesar de todo, tienen más dificultades en madurar psicológica y moralmente, es decir, en acceder al mundo adulto: para eso se requieren criterios rectores de la propia vida, y esa cantidad de informaciones y experiencias que se les ofrece, pluralista y a menudo contradictoria, no les facilita esta labor de discernimiento, sobre todo en un contexto cultural en que parece prevalecer la propia subjetividad en casi todo: en lo intelectual (yo pienso, a mi modo de ver, según mi opinión: toda la realidad existente sometida al tribunal de mi propia capacidad de ver; si no lo veo, no existe); en lo sentimental y volitivo (no me va, no me gusta, no lo siento, etc.; si no me da la gana es que no merece la pena). El joven ya no necesita ponerse en contacto con otras personas mayores; tiene otras fuentes de información. Además, el espíritu crítico, que les afecta fuerte-

mente, parece devaluar todavía más la necesidad de este acompañamiento. Corre el riesgo de ser una generación abandonada a sí misma. Los mayores pueden reaccionar optando por «dejarles» a solas, puesto que lo de antes ya no funciona. Los residuos de autoritarismo se sostienen cada vez menos en esta función educativa.

Y sin embargo, el acompañamiento en este proceso educador es hoy, por las razones aludidas, más necesario que nunca. Pero éste ha de posibilitar el dinamismo de toda verdadera educación, que parte del interior de cada persona, es decir, ha de convertirse en auténtica labor autoeducadora. Escribe Juan Pablo II en su Carta apostólica 'A los jóvenes y las jóvenes del mundo' (31.III.85):

> «En efecto, aunque no hay duda de que la familia educa y de que la escuela instruye y educa al mismo tiempo, tanto la acción de la familia como de la escuela, quedará incompleta y podrá incluso ser estéril, si cada uno y cada una de vosotros, jóvenes, no emprende por sí mismo la obra de la propia educación. La educación familiar y escolar deben procurarnos sólo algunos elementos para la obra de la autoeducación».

Para ello, la verdad, la libertad, la conciencia recta y las motivaciones de los valores auténticos constituyen el núcleo interior de esta autoeducación.

La Encuesta de la Juventud de 1982 sugiere la influencia que en la práctica de la vida católica tiene la escuela confesional; pero es mucho mayor la que ejercen los padres que son católicos practicantes: éstos influyen decisivamente en la autodefinición religiosa de los hijos. Lo cual demuestra que no basta el factor informativo, sino que se requieren el ejemplo y la sinceridad de los adultos. En una situación cultural pluralista, en que la Iglesia aparece como una institución social que puede ser equiparada a las demás corporaciones, es menester que su imagen aparezca ante los jóvenes con la máxima autenticidad posible.

Imagen, mensaje, lenguaje, método, instituciones, personas representativas, etc., de la Iglesia, en sintonía o no con la sensibilidad y aspiraciones de los jóvenes, pueden facilitar o dificultar la comprensión de su naturaleza y misión y, por consiguiente, el acceso y participación de los jóvenes.

La Iglesia, pues, ha de acompañar en este proceso educador: es el lugar de acogida gratuita que impulsa los dinamismos de la autoeducación en el Espíritu de Jesús; la comunidad del encuentro con él en fraternidad verdaderamente estimuladora de la esperanza y de las energías juveniles para vivir en fraternidad y construir la historia, intentando que el mundo sea cada vez mejor.

IV.—VALORES DE LA JUVENTUD BASICAMENTE CRISTIANOS, PERO NECESITADOS DE EVANGELIZACION

Según la encuesta realizada en 1981 en nueve países de la Europa Occidental sobre valores morales, sociales, educativos, religiosos, etc., y recogida en el libro *¿Qué pensamos los europeos?,* escribe J. Stoetzel que los jóvenes estiman menos las virtudes tradicionales; los valores que más aprecian son,

> «en primer término, la imaginación, después el espíritu de independencia y por último la determinación, la perseverancia».

También se observa

> «en la joven generación una concepción agresiva dirigida hacia la afirmación del yo, egocentrista».

A pesar de todo, a la juventud, por sus inquietudes y su sensibilidad, le sucede como a aquel que, según san Marcos, le dijo Jesús, después de dialogar con él y conocer sus deseos: «No estás lejos del Reino de Dios» (Mc 12, 34). Pero precisamente esa cercanía del Reino exige conversión y creer en el Evangelio, porque los valores con los que simpatiza la juventud, perfectamente asumibles, han de ser, sin embargo, evangelizados. Pienso que podríamos ofrecer el siguiente «decálogo» de valores morales con los que parece sintonizar espontáneamente la juventud de nuestro tiempo:

1. Serás sincero hasta el descaro, porque la sociedad está llena de hipocresía y enredos.

2. Serás libre e independiente, porque en el mundo los convencionalismos impiden el verdadero progreso y no dejan a las personas que sean ellas mismas; tú serás libre para realizarte.

3. Considerarás a los demás como iguales y por eso tutearás a todo el mundo, sea quien sea, porque no hay nadie superior a otro.

4. Convivirás con los demás con espontánea amistad frente al individualismo de la sociedad, en la que cada cual aplica el áscua a su sardina.

5. Promoverás la justicia y los derechos humanos dondequiera que éstos sean pisoteados, porque esto último es la causa de que el mundo ande tan mal.

6. Pondrás toda tu imaginación y emplearás tu creatividad para que este mundo viejo salga de la rutina y se renueve, porque en él se están pudriendo muchas cosas.

7. Contra la intolerable carrera de armamentos y la amenaza de guerras serás intransigente y pacifista, para que los poderosos no hagan negocio con esas cosas, ni pongan en peligro la paz del mundo.

8. Amarás la naturaleza como a tu propio cuerpo, porque un correcto sistema ecológico es la expresión de que todo es bueno y hermoso.

9. Amarás también la fiesta y la música, porque en estas cosas está la alegría y la felicidad que se pueden alcanzar en este mundo.

10. En cualquier empresa o fiesta serás protagonista, porque el verdadero espíritu democrático reclama esta participación activa a la que todos tenemos derecho.

Estos valores no están lejos del Reino de Dios; pero necesitan, como el mineral que sale de las entrañas de la tierra, ser purificados y separados de la ganga de ese subjetivismo egocéntrico, que es, como hemos visto, una tendencia característica de la juventud. Se requiere un proceso de conversión del corazón.

V.—LOS JOVENES SON EVANGELIZADOS: ENCONTRAR A CRISTO EN LA IGLESIA

Decir «los jóvenes son evangelizados» es anunciar uno de los signos del advenimiento del Reino de Dios en nuestro tiempo, equivalente a la expresión bíblica «los pobres son evangelizados». En realidad la juventud es un sector social muy necesitado, por estar tan expuesto a las influencias negativas y con tanto desvalimiento. Corre el riesgo, como observó G. Marcel, de no esperar ya casi nada, es decir, de negarse a sí misma. Porque, ¿qué sería una juventud sin esperanzas? Piénsese en las expectativas de empleo y de futuro que les ofrece nuestra sociedad.

Por eso es menester, no una mera proclamación de valores o intimación de preceptos, sino un verdadero encuentro con Cristo. Esta es la recomendación del Papa. Juan Pablo II, en su Carta apostólica 'A los jóvenes y las jóvenes del mundo', habla de la juventud como de una gran riqueza, el inmenso capital que tienen las naciones y la misma Iglesia. Y les dice:

> «En vosotros está la esperanza, porque pertenecéis al futuro, y el futuro os pertenece».

E inmediatamente remite a ese encuentro con Cristo, al coloquio con él, que hace descubrir, junto a la riqueza singular de la juventud, el amor de Dios y el significado de la pregunta sobre la vida eterna, el verdadero sentido de la vida. A partir de este momento se propone el Decálogo y el Evangelio, la moral y el valor de la conciencia, como respuesta a la amistad que Jesús ofrece —«Jesús, poniendo en él los ojos, le amó»— y a la invitación al seguimiento —«¡Sígueme!»—. Entonces la vida cristiana, en torno a la caridad, se manifiesta no sólo como mandamiento, sino principalmente como don. Es gracia que llena de alegría y de claridad toda la vida. Ante

esta llamada personal inmerecida, cuando se ha descubierto este tesoro escondido, se vende lo que sea preciso con tal de poder adquirirlo para siempre. La riqueza que supone en sí misma la juventud se enriquece inconmensurablemente con el encuentro y seguimiento de Cristo; los valores de la juventud, al ser evangelizados, adquieren una mayor consistencia, limpieza y relevancia: son valores de vida eterna, de eterna juvntud; de una juventud que no pasará, la del espíritu.

Así ese decálogo juvenil se hace buena noticia al contextualizarse evangélicamente: la sinceridad es lo más profundo del hombre, «el corazón» del que habla Jesús, que es lo que le define y acredita más allá de las puras manifestaciones externas; la libertad es el resultado de la acción salvadora de Cristo sobre nuestras dependencias, la libertad de los hijos de Dios, la que produce siempre su Espíritu en el corazón humano; la igualdad expresa la suprema dignidad que hay en el hombre por el mero hecho de serlo, y no por lo que tenga o pueda representar en la sociedad: de ahí la predilección por los más pequeños; la amistad espontánea es la fraternidad vivida en Cristo, la acogida y entrega gratuitas del Sermón del Monte y del Mandamiento nuevo; la justicia y los derechos humanos es la lógica consecuencia del valor inconmensurable del hombre: todo lo que se haga o se omita repercute en Dios mismo, ya que se relaciona inevitablemente con Cristo; toda imaginación y creatividad se quedan cortas ante la nueva creación acontecida en Cristo resucitado, y desde esa esperanza hay que criticar o discernir lo que sucede en la historia; la paz es la que Cristo vino a traernos y que hay que difundir de casa en casa y por los caminos del mundo como gran anuncio de los tiempos mesiánicos, pero llevándola en el corazón; la naturaleza y el propio cuerpo es el cosmos redimido por Cristo, al que hay que amar, pero con el corazón del mismo Dios, su creador y redentor, y por eso, hay que purificar ese amor de aportes sucios del egoísmo, para que sea limpio y correcto: no hay ecología física sin ecología de buenas costumbres; la fiesta más que en las cosas está en el interior del hombre: o se lleva en el corazón o difícilmente produce la satisfacción que se busca, no hay mayor fiesta que la derivada de Cristo resucitado; la participación activa es un deber en la comunidad eclesial, porque es una comunidad de hermanos convocada por Jesús, que ha de ser expansiva de un amor afectivo y efectivo que llegue a todos, y especialmente a los más necesitados.

A este Cristo, capaz de evangelizar así, no se le encuentra aisladamente, sino en la comunidad de los creyentes, es decir, en la Iglesia. Por eso, los obispos españoles, «Ante la visita del Papa a España», escribimos, entre otras cosas, que necesitábamos:

> «Animación en nuestra esperanza: superación de desalientos y rutinas, fuertes estímulos individuales y comunitarios, razones para que puedan esperar las nuevas generaciones —¡que los jóvenes encuentren a Cristo

> en la Iglesia!— y alegría y entusiasmo en todos para dar razón de nuestra esperanza» (18.II.82).

El Papa, subrayando esta necesidad, les dice a los jóvenes universitarios en el campus de la Universidad Complutense, de Madrid:

> «Acoged a Cristo con ánimo abierto. Acoged a Cristo en su Iglesia, que es su presencia permanente en la historia. Porque "Cristo más la Iglesia no es más que Cristo solo" (santo Tomás). La Iglesia es la transparencia de Cristo entre los hombres, oscurecida a veces por la conducta de los cristianos, pecadores como los demás hombres» (3.XI.82).

Pero esto es lo que le cuesta particularmente a la juventud actual: «ir al templo», ahora que los jóvenes tienen que decidirse por ellos mismos (algunos dudan si han hecho bien sus padres con haberles «presentado» en el templo, es decir, por haberles bautizado de niños), porque el templo es símbolo de lo institucional en general, que suscita tantas sospechas para ellos, y al que la gente acude porque está mandado, al que se va por «ley». Cristo, sí; pero templo, institución, ley, no lo terminan de entender. Y, sin embargo, para darnos el Espíritu de la libertad, «envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley» (Gal 4, 4), y, para cumplir la ley del Señor, fue presentado en el templo (Lc 2, 22-32). La humanidad encuentra al Salvador en el templo, en la Iglesia. Los griegos llamaron a esta fiesta de la presentación, el «encuentro» (hypapanté). La Iglesia puede ser responsable de lentitudes, somnolencia y desaciertos humanos a lo largo de la Historia, pero lo que nadie le podrá negar es que nos ha transmitido a Cristo en su ministerio y ha posibilitado a todas las generaciones el encuentro genuino con el Señor. Cristo vive hoy porque ha resucitado, porque es el eterno viviente; pero vive con nosotros y entre nosotros, porque existe la Iglesia. Cristo vivirá siempre en la Historia por la Iglesia.

Si en su existencia histórica nadie podía argüir a Jesús de pecado, en esta prolongación o corporación mística de su presencia histórica no puede evitar esta acusación: lo que la Iglesia tiene de santa le viene del Espíritu de Cristo, y lo que tiene de pecadora, de los miembros que integramos su Cuerpo. Entre Cristo y la Iglesia se da a la vez unión y distinción. Por eso la Iglesia se ha de convertir continuamente a su Señor y se ha de abrir a las nuevas generaciones, rejuveneciéndose siempre. Todos necesitamos encontrarnos con Cristo en la Iglesia. La juventud está especialmente necesitada de aceptar en la significación de esta fiesta del «encuentro» su propia «hipapanté», de las manos de María, la madre de Jesús. El anciano Simeón, el «presbítero» de la Iglesia, es el gran mediador de este encuentro. Por eso, tanto el Vaticano II, que estimula la pastoral juvenil en los párrocos («atiendan cuidadosamente a los adolescentes y jóvenes», ChD 30, 2), en todos los presbíteros (PO, 6) y en los demás cristianos (GE y AA), como el Papa,

quieren poner a toda la Iglesia al servicio de la juventud: «La Iglesia mira a los jóvenes; es más, la Iglesia de manera especial se mira a sí misma en los jóvenes», les dice en la Carta Apostólica en este Año Internacional de la Juventud.

VI.—UNA IGLESIA RENOVADA, DINAMICA, ABIERTA A LA JUVENTUD

Los jóvenes con los valores que muestran en su «cultura juvenil» han de ser evangelizados. Pero ellos también constituyen una fuerza evangelizadora de la sociedad, que, a fuer de tecnificarse y hacerse pragmática en todas sus dimensiones, corre el riesgo de materializarse y comercializar todas las relaciones humanas por sofocar el espíritu; sólo las generaciones jóvenes, por su inconformismo y sano idealismo, pueden salvar al mundo de esta esclerosis materialista. Y ellos también evangelizan a la misma Iglesia con los valores de que son portadores, al recordarle la necesidad que tiene de renovarse y de dar testimonio de eterna juventud. La aceptación real de esta interpelación juvenil será un auténtico test de disponibilidad y docilidad eclesial al Espíritu de Jesús.

La Iglesia necesita profundizar en ese «decálogo» de la juventud, porque es radicalmente evangélico, viviéndolo con plena coherencia y madurez, para que se transparente en ella la presencia del Reino de Dios. Esto le exigirá un esfuerzo de conversión parecido al que le pide el Vaticano II en el ecumenismo, para salir al encuentro en Cristo de los hermanos cristianos de otras confesiones:

> «Toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad hacia su vocación... La Iglesia peregrina en este mundo es llamada por Cristo a esta perenne reforma, de la que ella, en cuanto institución terrena y humana, necesita permanentemente» (UR 6).

Por esta capacidad de renovación en el Espíritu, es sacramento de perenne juventud en Cristo.

Toda comunidad eclesial ha de renovarse y superar el síndrome de vejez, que se manifestaría en la rigidez de lo accesorio más que en la fidelidad imprescindible, en estimar más el sábado que al hombre mismo, la burocracia más que al Espíritu, el prestigio de la autoridad más que el ministerio apostólico que ayuda a crecer en madurez a aquellos a quienes sirve.

La Iglesia tiene que animar, o en todo caso permitir, a los jóvenes a que, como Juan, corran a toda prisa al sepulcro donde ya ha resucitado Cristo; pero éstos deben ser respetuosos y obedientes, aunque lleguen antes, para que sea Pedro el que confirme el hallazgo. Una Iglesia que promueva

una ancha y profunda labor educadora o de acompañamiento para la autoeducación cristiana en la participación y en el protagonismo juvenil. Que cuente para ello con agentes representativos que congenien con los jóvenes, generosos y entregados y que no se cansen de acompañarles: sacerdotes, catequistas, educadores, animadores, los jóvenes mismos que se responsabilicen de este servicio por amor a sus hermanos.

La autoeducación y participación activa de los jóvenes ha de tener este marco de referencia fundamental que debe ofrecerles la Iglesia de una manera afectiva:

1. Lectura de la Biblia; han de escuchar asiduamente la palabra de Dios, individualmente y en grupo.

2. Han de entender la vida cristiana como vocación, llamada del Señor y respuesta; por eso, para experimentarle a El y que el Evangelio pueda llegar a ser una experiencia de vida, es necesaria la oración personal y comunitaria. Sólo la fe contemplativa es capaz de encontrar a Cristo bajo los signos sacramentales y en la vida.

3. Es imprescindible el compromiso real para vivir la amistad con Cristo y para mejorar los ambientes. Un proyecto de vida para servir a los demás, por la justicia y la paz, de una manera coherente y realista, para dar siempre razón de la esperanza cristiana en todas partes, ha de ser estimulado y revisado, individualmente y con los demás.

4. Los jóvenes han de participar en la comunidad eclesial —en su liturgia, en sus encuentros, en sus campañas apostólicas— decididamente, de modo que tengan un puesto en todas las funciones eclesiales. Esto se conseguirá si existen grupos juveniles, movimientos, catecumenados, pequeñas comunidades, etc., dinámicos y exigentes en su proyecto de vida cristiana, abiertos a la misión y solidarios con otros grupos en la diócesis.

Los que trabajen con la juventud, sacerdotes y toda clase de animadores, tienen que ser verdaderos discípulos de Jesús, generosos y entregados; si esto falla, los jóvenes lo intuyen. Tenemos que reconocer que la edad media del sacerdote hoy no es muy propicia para este acompañamiento juvenil. Por eso es más necesario el esfuerzo para poner a punto la juventud del espíritu, capaz de renovarse siempre, y la misma pastoral vocacional, para que jóvenes sacerdotes puedan tomar el relevo. Un sacerdote verdaderamente evangélico, para los jóvenes, es un espectáculo menos banal que una sesión de cine, solía decir el P. Chevrier. El cine termina dejándoles vacíos, pero un hombre profundo y entregado les seduce. Todas estas pretensiones constituyen un ideal al que debemos tender. La imagen de la Iglesia, allí donde ésta se hace visible para los jóvenes, el mensaje, el lenguaje, el método, los agentes de pastoral juvenil han de tenerlo en cuenta, si es verdad que se desea que los jóvenes encuentren a Cristo en la Iglesia.

La Iglesia, como María, ha de remitir siempre a Cristo.

> «Yo repito estas palabras de la Madre de Dios y las dirijo a vosotros, jóvenes, a cada uno y cada una: "Haced lo que Cristo os diga"»,

les escribe el Papa en su Carta Apostólica. Personalmente también quiero terminar con esta referencia mariana, porque María y la Iglesia siempre andan juntas. La devoción a María no sólo nos llevará más fácil y eficazmente a Cristo, sino que nos ayudará a encontrarle mejor en la Iglesia. Porque ella es también madre de la Iglesia.